

de sus acciones: la honestidad, y mansedumbre, los dos atavíos de su language: la modestia, y honestidad, el atavío de sus ojos; y Jesu-Christo crucificado, el único amor de su corazon.

En fin, la verdadera viuda en la Iglesia es una pequeña violeta de Marzo, que despide una sin igual suavidad con el olor de su devocion, guardándose casi siempre escondida debaxo las anchas hojas de su mismo menoscupio, y por su color menos viva verifica la mortificacion: procura siempre hallarse en los lugares quietos, y solos, por no ser combatida de la conversacion de los mundanos, y conservar mejor la frescura de su corazon contra todos los ardores que el deseo de los bienes, de las honras, y asimismo de los amores, la podrian acarrear. *Será la tal bienaventurada* (dice el Apostol), *si persevera de esta suerte.*

Podria decir otras muchas cosas acerca de este sugeto; mas habrélo dicho todo quando habré dicho que la viuda zelosa de la honra de su estado lea con atencion las doctas Epístolas que el gran San Gerónimo escribe á Furia, y Salvia, y á todas aquellas otras Damas que fueron tan dichosass, que merecieron ser hijas

espirituales de un tan gran Padre; porque no se puede añadir cosa á lo que él dice, sino este advertimiento, que la verdadera viuda no debe jamas ni menospreciar, ni censurar á las que pasan á segundas, ó asimismo á terceras, ni quartas bodas, porque en ciertos casos Dios lo dispone así para mayor gloria suya; y deben tener siempre delante los ojos esta doctrina de los antiguos, que ni la viudez, ni la virginidad tienen puesto en el Cielo, sino aquel que le es señalado por la humildad.

CAPITULO XL.

Una palabra á las vírgenes.

NO tengo, ó vírgenes, que decir os sino solas estas tres palabras, porque por ellas podreis percibir lo demas. Si pretendes el casamiento temporal, guardarás zelosa tu primer amor para tu primer marido. Pienso que es un gran engaño el presentar en lugar de un corazon entero, y sincero, un corazon usado, trasegado, y contaminado de amor. Pero si tu buena dicha te llama á las castas, y virginales bodas espirituales, y que quieres para siempre conservar tu virginidad, conservarás tu amor lo mas delicadamente que puedas

pa-

para este Esposo Divino, que como es la pureza misma, no ama cosa tanto como la pureza, y á quien las primicias de todas las cosas son debidas, y principalmente las del amor. Las Epístolas de San Gerónimo te abundarán de todos los

avisos que te son necesarios. Y pues que tu estado te obliga á la obediencia, escoge-rás una guia espiritual, debaxo de cuya educacion puedas mas santamente dedicar tu corazon, y cuerpo á su Divina Magestad.



QUARTA PARTE
DE LA INTRODUCCION,
*en la qual se contienen los avisos necesarios
contra las tentaciones mas ordinarias.*

CAPITULO PRIMERO.

*Que no nos debemos embetecer
con las palabras de los hijos
del mundo.*

LUego que los mundanos conozcan que quieres seguir la vida devota, mostrarán contra tí mil efectos de su maldiciente lengua: los mas malignos calumniarán tu mudanza, diciendo que es hypocresia, supersticion, y artificio: dirán que el mundo te ha mostrado mala cara, y que por no quererte él te acoges á Dios: tus amigos procurarán con todas veras hacerte infinitas amonestaciones muy prudentes, y caritativas á su parecer. Vos vendreis á dar, dirán otros, en algun humor me-

lancólico: perdereis el crédito con el mundo, haréis insufrible, envejeceréis antes de tiempo, padecerán vuestros negocios domésticos. Menester es vivir en el mundo como en el mundo. Salvarnos podemos muy bien sin tantos misterios; y otras mil sofisterias á este tono.

Filotea mia, todo esto no es sino una loca, y vana charlataneria: tales personas no tienen ningun cuidado, ni de tu salud, ni de tus negocios. *Si tú fueras del mundo* (dice el Salvador), *el mundo amaria lo que es suyo; mas por quanto no eres del mundo, por esto te aborrece.* Vemos muchas veces hombres, y mugeres particulares pasar la noche ente-

R 4 ra,

ra, y aun muchas noches continuadas, en jugar al axedrez, y á los naypes. Hay por ventura atencion mas desabrida, melancólica, y triste, que esta? No; mas no obstante esto los mundanos no lo reprobán, ni los amigos lo afearán. Y por la meditacion de una hora, ó por vernos levantar un poco mas de mañana que lo ordinario, todos correrán al Médico para sanarnos del humor melancólico, y de la tericia. Pasarán treinta noches en los bayles, y danzas, y no habrá quien se queje; y por solo haber velado la noche de Navidad, no habrá quien no tosa, y se queje de todo el cuerpo el dia siguiente. Quién dexará de ver que todo el mundo es un Juez iniquo, gracioso y favorable para sus hijos, y áspero y riguroso para con los hijos de Dios?

No podremos, pues, estar bien con el mundo, sino perdiéndonos con él; ni es seguro ponernos á contender con él, porque tiene demasiado de bizarro. *Juan es venido* (dice el Salvador) *no comiendo, ni bebiendo, y tú dices que está endemoniado: el Hijo del hombre ha venido comiendo, y bebiendo, y tú dices que es Samaritano.* Verdad es, Filotea, que si nos dexamos llevar por con-

descendencia á la risa, al juego, y á la danza con el mundo, que el tal se escandalizará: si no lo hacemos, nos acusará de hyprocrisia, ó melancolia: si nos componemos, ó ataviamos, lo interpretará á algun malicioso designio: si andamos humildes, y sin ningun adorno, lo atribuirá á poquedad, y vileza de corazon. Nuestros regocijos serán llamados de él disoluciones, y nuestras mortificaciones tristezas; y mirándonos de esta suerte de mal ojo, jamas le podremos ser agradables. Engrandece nuestras imperfecciones, y las publica por pecados: de nuestros pecados veniales hace mortales, y nuestros pecados de enfermedad los convierte en pecados de malicia. En lugar que, como dice San Pablo: *La caridad es benigna, al contrario el mundo es maligno.* La caridad nunca piensa mal, y al contrario el mundo siempre piensa mal; y quando no puede acusar nuestras acciones, acusa nuestras intenciones. Ya tengan los carneros cuernos, ó no; ya sean blancos, ó negros, no por eso el lobo dexará de comerlos, si puede.

En qualquiera cosa que hagamos, siempre el mundo nos hará la guerra: si nos tardamos mucho delante el Confes-

sor

sor, admirará la tardanza, y dirá qué es lo que podemos decir tanto tiempo. Si nos tardamos poco, dirá que no nos acusamos por entero: espiará todos nuestros movimientos, y por la menor palabra de cólera afirmará que son insufribles: el cuidado de nuestros negocios le parecerá avaricia, y nuestra mansedumbre necedad. Y quanto á los hijos del mundo, su cólera será generosidad, su avaricia caseria, sus demasiadas familiaridades entretenimientos honrados. Las arañas ofenden siempre, y dañan la obra de las abejas.

Dexemos este ciego, Filotea: grite quanto quisiere, como la lechuza para inquietar los páxaros del dia: seamos firmes en nuestros designios, constantes en nuestras resoluciones: la perseverancia hará bien ver si es cierto, y verdadero el habernos sacrificado á Dios, y dedicado á la vida devota. Los Cometas, y los Planetas son casi igualmente luminosos en apariencia; mas los Cometas se desaparecen en poco tiempo, por quanto no son sino ciertos fuegos pasajeros, y los Planetas tienen una claridad continua, y perpetua. Así la hyprocrisia, y la verdadera virtud tienen entre sí, y quanto á lo exterior grande se-

mejanza; mas diferénciase fácilmente la una de la otra, y esto porque la hyprocrisia, como accion prestada, no puede durar largo tiempo sin ser conocida, y así se pierde, y disipa como el humo; mas la verdadera virtud es siempre firme, y constante. No nos es pequeña comodidad para mejor asegurar el principio de nuestra devocion el recibir oprobio, y calumnia, porque por este medio evitamos el peligro de vanidad, y soberbia, que son como las parteras de Egipto, las quales el Faraon infernal mandó matasen todos los hijos varones de Israel el mismo dia de su nacimiento. Somos crucificados en el mundo, y el mundo debe sernos crucificado: él nos tiene por locos; tengámosle por desatinado.

CAPITULO II.

Que debemos tener buen ánimo.

LA luz, aunque hermosa, y descaída de nuestros ojos, los encandila, y deslumbra despues que han estado largo espacio en alguna grande obscuridad; y antes que nos familiaricemos con los habitantes de alguna estraña tierra, por corteses, y apacibles que los tales sean, no dexáremos de hallarnos por algun tiem-

tiempo algo estraños. No du-
do, querida Filotea, sino que
en esta mudanza de vida senti-
rás muchos asaltos, y contra-
diciones en tu interior; y que
aquella grande, y general des-
pedida, que has hecho de las
locuras, y boberías del mundo,
te causará algun resabio de
tristeza, y cobardía. Si esto te
suciedere, ten un poco de pa-
ciencia, que no será nada, ni
otra cosa, sino un poco de es-
panto que la novedad acarrea:
pasado esto, tendrás cien mil
consuelos. Enfadaráte (puede
ser) al instante el dexar la glo-
ria que los locos, y burlado-
res te daban en tus vanidades.
Mas, ó Dios! querrás tú per-
der la eterna, y verdadera que
Dios te dará? Los vanos em-
becimientos, y pasatiempos,
en que empleaste los años pa-
sados, se representarán aún á
tu corazon, para cebarle, y
hacerle volver de su vanda.
Pero tendrías tú ánimo de re-
nunciar esta dichosa eternidad
por tan engañosas liviandades?
Créeme, Filotea, que si per-
severas, no tardarás en recibir
mil dulzuras cordiales, tan re-
galadas, y agradables, que
confesarás que el mundo no
tiene sino hiel en comparacion
de esta miel; y que un solo
dia de devocion vale mas que
mil años de la vida mundana.

Mas bien ves que la montaña
de la perfeccion christiana es
en extremo alta; pues, pobre
de mí! (dirás) cómo podré su-
bir á ella? Animo, Filotea.
Quando las pequeñas mosqui-
llas de las abejas comienzan á
tomar forma, no saben volar
sobre las flores, ni montes, ni
sobre las colinas vecinas, para
juntar la miel; pero poco á
poco, criándose de la misma
miel que sus madres las prepa-
ran, vienén á criar alas, y
fortificarse de manera, que
despues vuelan á buscarla por
todo el pais. Verdad es que
nosotros, siendo pequeñas abe-
jas en la devocion, no podrí-
amos subir segun nuestro inten-
to, que no es menor que el de
llegar á la cima de la perfec-
cion christiana; mas si comen-
zamos á tomar forma por nues-
tros deseos, y resoluciones, las
alas nos comenzarán á salir.
Menester es, pues, esperar, que
algun dia seremos abejas espi-
rituales, y podremos volar en la
perfeccion. Criémonos en este
inter de la miel de tantos sa-
ludables consejos, y santa do-
ctrina, como los antiguos de-
votos nos han dexado, y ro-
guemos á Dios que él nos dé
plumas como de paloma, para
que no solo podamos volar du-
rante el tiempo de la vida
presente, pero tambien repo-

sar

sar en la eternidad de la fu-
tura.

CAPITULO III.

*De la naturaleza de las tenta-
ciones, y de la diferencia que
hay entre el sentir la ten-
tacion, y consentir
en ella.*

I Magina, Filotea, una joven
Princesa, amada en extre-
mo de su esposo, y que algun
mal intencionado, para per-
derla, y manchar su cama
nupcial, la envia algun infa-
me mensagero de amor, per-
suadido á que trate con ella su
dañado intento. Lo primero,
el tal mensagero propone á es-
ta Princesa la intencion de su
amo. Lo segundo, la Princesa
agradece, ú desagrada á Dios,
la proposicion, y la embaxada.
En tercero lugar, ó ella con-
siente, ó ella rehusa. Así Sa-
tanás, el mundo, y la carne,
viendo una alma desposada
con el Hijo de Dios, la envian
tentaciones, y sugestiones, por
las quales:

- 1 El pecado le es pro-
puesto.
- 2 Y sobre esto ella se agra-
da, ó se desagrada.
- 3 Y en fin ella consiente, ó
rehusa, que son las tres gra-
das para baxar á la iniquidad,
la tentacion, la delectacion, y

el consentimiento. Y aunque
estas tres acciones no se cono-
cen tan manifestamente en to-
das otras suertes de pecado, no
por eso dexan de conocerse
palpablemente en los grandes,
y enormes pecados.

Quando la tentacion, de
qualquier pecado que sea, du-
rase toda nuestra vida, no po-
dria la tal hacernos desagrada-
bles á la Magestad Divina, con
tal que ella no nos agrade, y
que no la constintamos. La ra-
zon es, por quanto en la ten-
tacion nosotros no hacemos,
sino sufrimos; y pues no re-
cibimos placer, no podemos
tampoco tener ninguna suerte
de culpa. San Pablo sufrió mu-
cho tiempo las tentaciones de
la carne, y no solo por eso
no fue desagradable á Dios,
sino antes fue Dios glorificado
por tal medio. La bienaventu-
rada Angela de Foligni sentia
tan crueles tentaciones carna-
les, que pone lástima quando
las cuenta. Grandes fueron
tambien las tentaciones que su-
frió S. Francisco, y S. Benito,
quando el uno se arrojó en me-
dio de las espinas, y el otro
dentro de la nieve, para miti-
garlas, y no por eso perdie-
ron en nada la gracia de Dios;
antes la aumentaron en mucho.

Menester es, pues, Filotea,
mostrarte muy animosa en me-
dio

dio

dio de las tentaciones, y no darte jamas por vencida, mientras las tales te desagradaren, observando bien esta diferencia que hay entre sentir, y consentir; esto es, que las podemos bien sentir, aunque las tales nos desagraden; más no las podemos consentir sin que nos sean primero agradables, porque el placer sirve de ordinario de escalon para llegar al consentimiento. Pongánnos, pues, los enemigos del alma quantos cebos quisieren, ó quédense siempre á la puerta de nuestro corazon, procurando entrarse en él, ó ya nos hagan quantas proposiciones quieran, que mientras tuviéremos resolucion de no agradarnos de ninguna de sus proposiciones, y halagos no es posible que ofendamos á Dios; así como el Príncipe, esposo de la Princesa que he representado, no puede con razon tomar á mala parte el mensaje que la fue propuesto, con tal que con él no recibiese ninguna suerte de placer, ó gusto. Hay con todo esto esta diferencia entre el alma, y esta Princesa, tocante á este sugeto, que la Princesa, habiendo oido la proposicion deshonestá, puede (si quiere) despedir el mensagero, y no oírle mas; pero no está siempre en el po-

der del alma el no sentir la tentacion, aunque esté siempre en su poder el no consentirla. Por esto, pues, aunque la tentacion dure, y persevere mucho tiempo, no nos puede dañar mientras la tal no fuere desagradable.

Mas quanto al deleite que puede seguir á la tentacion, por quanto tenemos dos partidos en nosotros, la una inferior, y la otra superior, y que la inferior no sigue siempre la superior, sino que antes hace su hecho á parte; sucede muchas veces que la parte inferior se deleita en la tentacion, sin el consentimiento de la superior, y contra su voluntad. Esta es la disputa, y guerra que el Apostol San Pablo describe, quando dice que su carne pelea contra su espíritu, y que hay una ley de los miembros, y una ley del espíritu, y semejantes cosas.

No has visto nunca, Filotea, un gran brasero de fuego cubierto de ceniza, que quando vienen diez, ú doce horas despues á buscar lumbre, no hallan sino una poca en medio de ella, y aun esa no sin trabajo; mas no por eso dexaba de haberla, pues se halló, pudiendo con ella despues encender los otros carbones ya muertos? De la misma manera es

la

la caridad, que es nuestra vida espiritual, en medio de las grandes y violentas tentaciones. Porque la tentacion, como pone su delectacion en la parte inferior, cubre, al parecer, toda el alma de ceniza, y trae el amor de Dios á gran mengua, sin que este se muestre en ninguna parte, sino en medio del corazon, en el fondo del espíritu, y aun parece que no está allí, y así con trabajo viene á hallarse; pero en fin está allí, porque aunque todo esté alborotado en nuestra alma, y en nuestro cuerpo, tenemos la resolucion de no consentir en el pecado, ni en la tentacion: porque el deleite que agrada á nuestra alma en lo exterior, desagrada en lo interior; y aunque esté al rededor de la voluntad, no por eso está dentro de ella; en que se ve que tal deleite es involuntario, y siendole tal, no puede ser pecado.

CAPITULO IV.

Dos exemplos importantes cerca de este sugeto.

Impórtate tanto entender bien esto, que no dificultaré el alargarme en su explicacion. El mozo, de quien habla San Gerónimo, que acostado, y atado con vendas de tafetan bastantemente fuerte

sobre una cama bien mullida, se veia provocado con toda suerte de inmundos tocamientos, y atramientos de una insolente muger, la qual se habia acostado con él, solo por hacer titubear su constancia, quién duda sino que el tal sentiria estraños movimientos carnales? Estarian sus sentidos asaltados, sin duda, del deleite, y la imaginacion en estrecho ocupada de la presencia de los objetos deleitosos. Pues no obstante esto, en medio de tantos alborotos, y en medio de una terrible borrasca de tentaciones, muestra claro que su corazon no está vencido, y que su voluntad, la qual se siente rodeada de tantos deleites, no consiente en ellos de ninguna manera; porque su espíritu, viéndole todo rebelado contra él, sin que tenga ninguna parte de su cuerpo sujeta á sí, sino la lengua, se la cortó con los dientes, y la escupió sobre la cara de esta alma deshonestá, la qual atormentaba la suya por medio del deleite, mas cruelmente que hubiera podido el mas fiero verdugo con los mas rigurosos tormentos. Tambien el tyerano, que pensaba vencerle por medio de los dolores, pensó sujetarle por medio de estos placeres.

La

La Historia del combate de Santa Catalina de Sena, en un semejante sugeto, es en extremo admirable: esta es, pues, la suma. El espíritu maligno tuvo licencia del Señor para asaltar la honestidad de esta santa virgen con la mayor furia que pudiese, con tal que de ninguna manera la tocase. Sembró, pues, toda suerte de lascivas sugestiones en su corazon, y para moverle con mas vehemencia, viniendo con sus compañeros en forma de hombres, y de mugeres, hacían mil, y mil suertes de carnalidades, y lubricidades á su vista, juntando con esto palabras, y llamamientos deshonestísimos. Y aunque todas estas cosas fuesen exteriores, no obstante por medio de los sentidos penetraban no poco dentro del corazon de la virgen, el qual (como confesaba ella misma) estaba tan ocupado, que no la quedaba mas que la fina, y pura voluntad superior, la qual no fue movida de esta tempestad de sucio deleite carnal: lo qual todo duró mucho tiempo, hasta que un día nuestro Señor se le apareció; y ella le dixo: *Dónde estábades, mi dulce Señor, quando mi corazon estaba lleno de tantas tinieblas, y suciedades? A lo qual respondió:*

Yo estaba dentro de tu corazon, hija mia. Y cómo (replicó la virgen) habitais vos dentro de mi corazon, dentro del qual había tantas inmundicias? Habitais vos, pues, por ventura en lugares tan deshonnestos? A lo qual la dixo nuestro Señor: Dime; estos sucios pensamientos de tu corazon te daban placer, ó tristeza, amargura, ú deleite? Estrema amargura, y tristeza, respondió la virgen. Quién era el que puso esta amargura, y tristeza en tu corazon (replicó el Señor) sino yo, que estaba escondido dentro de tu alma? Cree, hija mia, que si yo no hubiera estado presente, aquellos pensamientos que rodeaban tu voluntad, no pudiéndola rendir, la hubieran sin duda vencido, entrándose dentro; y siendo recibidos con placer del libre alvedrío, por este medio hubieran dado la muerte á tu alma. Mas por quanto estaba yo dentro de ella, ponía este desplacer, y resistencia en tu corazon, por cuyo medio rehusaba quanto podia la tentacion; y no pudiendo tanto quanto queria, sentia en sí un mayor desplacer, y un mayor aborrecimiento contra ella, y contra sí mismo; y así estas penas eran de un gran merecimiento, y una gran ganancia

pa-

para tí, y de un gran crecimiento de tu virtud, y fuerza.

No ves tú, Filotea, cómo aquel fuego estaba cubierto de ceniza, y que la tentacion, y deleite habian asimismo entrado dentro del corazon, y habian rodeado la voluntad, la qual solo asistida de su Salvador, resistia con amarguras, desplaceres, y detestaciones del mal que la habia combatido, rehusando perpetuamente el mostrar, ni tener contenido en el pecado que la rodeaba?

O Dios, y cuánta tristeza tiene un alma que ama á Dios, en no saber si le tiene en sí, ó no, y si el amor divino, por el qual ella pelea, está de todo punto muerto ó no en ella! Pero es la fina flor de la perfeccion del amor celeste el hacer sufrir, y pelear el amante por el amor, sin saber si tiene el amor, para el qual, y por el qual pelea.

CAPITULO V.

Dase ánimo, y esfuerzo al alma que se halla en las tentaciones.

Filotea mia, estos grandes asaltos, y estas tentaciones tan poderosas, nunca son permitidas de Dios, sino con las almas que quiere levantar á su puro, y excelente amor;

mas no por eso se figure que despues de esto puedan quedar aseguradas de llegar á él; porque ha sucedido muchas veces que los que habian sido constantes en semejantes, y violentos asaltos, no correspondiendo despues fielmente con el favor Divino, se han hallado vencidos en bien pequeñas tentaciones.

Todo lo qual digo, para que si te sucediere hallarte aliada de alguna grande tentacion, sepas que Dios te favorece con un favor extraordinario, por el qual muestra que te quiere engrandecer delante su presencia; mas que con todo eso te muestres siempre humilde, y temerosa, no asegurándote de poder vencer las pequeñas tentaciones, despues de haber señoreado las grandes, sino es por medio de una continua fidelidad para con la Magestad Divina.

Qualesquier tentaciones, pues, que te sucedan, y qualquier deleite que á las tales siga, mientras tu voluntad rehusare el contento, no solo á la tentacion, sino tambien al deleite, no tienes de ninguna manera que turbarte, porque en esto aún no tienes á Dios ofendido. Quando un hombre está pasmado, y que no da casi ninguna muestra de vida, pónen-

nen-

nenle la mano sobre el corazon, y por poco que se sienta en él el movimiento, se juzga que tiene vida, y que por medio de alguna agua preciosa, ó alguna píctima, le podrán hacer volver en su primera fuerza, y sentido. Así sucede algunas veces que por la violencia de las tentaciones parece que nuestra alma ha caido en semejante desfallecimiento de sus fuerzas; mas si quisiéremos conocer lo que esto es, pongamos la mano sobre el corazon: consideremos si él, y la voluntad tienen aún su movimiento espiritual; esto es, si hacen su deber en rehusar el consentir, y seguir la tentacion, y deleite: porque mientras el movimiento de la contradiccion está en nuestro corazon, seguros estamos que la caridad viva de nuestra alma está en nosotros, y que Jesu-Christo nuestro Salvador se halla dentro de nuestra alma, aunque escondido, y cubierto. Así que mediante el exercicio continuo de la oracion, de los Sacramentos, y de la confianza en Dios, cobraremos nuestras primeras fuerzas, y viviremos una vida cabal, y apacible.



CAPITULO VI.

Cómo la tentacion, y deleite pueden ser pecado.

LA Princesa, de quien atras hemos hablado, no fue culpada de la proposicion deshonesta que la fue hecha; pues que, como hemos presupuesto, la sucedió contra su agrado; mas si al contrario hubiese por medio de algunos atramientos, y alhagos dado motivo al alcance, intentando sembrar amor en el pecho del que la solicitaba, indubitablemente ella seria culpada aun en el haberla solicitado; y aunque se disimulase de melindrosa, no dexaria por eso de ser digna de reprehension, y castigo. Así sucede muchas veces que la sola tentacion nos pone en pecado, por quanto somos causa de ella. Exemplo: Si yo sé que jugando facilmente juro, y blasfemo, y que el juego me sirve para ello de tentacion, yo peco todas, y quantas veces jugáre, y soy culpado en todas las tentaciones que me sucedieren en el juego. De la misma manera, si yo sé que alguna conversacion me trae tentacion, y es causa de que cayga en alguna falta, y voluntariamente la busco, indubitablemente seré culpado de todas las ten-

tenciones que en ella recibiere.

Quando el deleite que procede de la tentacion puede evitarse, será siempre pecado el recibirle, segun el placer que se toma, y el consentimiento que se dá fuere grande, ó pequeño, ó por largo, ó breve espacio. No dexará de ser cosa reprehensible para la joven Princesa, de quien hemos hablado, que no solo oía la proposicion sucia, y deshonesta que la fue hecha; sino que tambien despues de haberla oido tome gusto en ella, y entretenga con él su corazon; porque aunque no quiera consentir á la execucion real de lo que la fue propuesto, consiente no obstante en la aplicacion espiritual de su corazon por medio del contento que recibe; y es siempre cosa deshonesto el aplicar, ó el corazon, ó el cuerpo á cosa deshonesto: y antes la deshonestidad consiste de manera en la aplicacion del corazon, que sin esta la aplicacion del cuerpo no puede ser pecado.

Quando fueres, pues, tentada de algun pecado, considera si voluntariamente diste causa á ser tentada; porque en tal caso la tentacion misma te pone en estado de pecado por el peligro, al qual voluntaria-

Tom. II.

manté te arrojaste; y esto se entiende habiendo tú podido cómodamente evitar la ocasion, y habiendo tú antevisto, ó debido antever la llegada de la tentacion; mas si no hubieres dado ningun motivo á la tentacion, no podrá de ninguna manera ser imputada á pecado.

Quando el deleite que sigue á la tentacion, ha podido ser evitado, y que no obstante no se ha evitado, habrá siempre alguna suerte de pecado, segun lo poco, ó mucho que en él se hubieren detenido, y segun la causa del placer que hubiéremos tomado. Una muger, la qual no habiendo dado ocasion de ser festejada, recibe gusto no obstante esto en serlo, no dexa de ser reprehensible, si el gusto que recibe no tiene otra causa sino el solo festejo. Exemplo: Si el galan que la festeja, y enamora, tañese por extremo un laud, y que ella recibiese gusto, no con las finezas, y amor del que la solicita, sino con la dulzura, y harmonía del instrumento, en esto no habria pecado: bien es verdad que no debia continuar por mucho tiempo en este gusto, temiendo no pasar de él al deleite de ser solicitada. De la misma manera si alguno me propusiese alguna

S

es-

estratagemas llenas de invención, y artificio, y esto para vengarme de mi enemigo, y que yo no tomase gusto, y ni diese ningún consentimiento á la venganza propuesta, sino solo á la sutileza de la invención del artifice, sin duda que yo no pecaría. Bien es verdad que no es acertado el embebecerme mucho en tal gusto, de miedo que poco á poco no me lleve al deleite de la venganza misma.

Sucedé á veces ser asaltados de algun leve resentimiento de deleite, el qual inmediatamente sigue á la tentacion antes que buenamente se haya podido percibir; y esto no puede ser sino un ligero pecado venial, el qual se hace mayor, si despues que se ha percibido el mal en que se ha caido, se queda por negligencia algun tiempo como regateando con el mismo deleite si se debe, ó no aceptar; y aun mayor, si en percibiéndole, se detiene en él algun tiempo por verdadera negligencia, sin ninguna suerte de intento de rechazarle; porque luego que voluntariamente, y con propósito deliberado nos resolvemos en agradarnos con tales deleites, este propósito mismo deliberado es un gran pecado, si el objeto por el qual recibimos el

deleite, fuere notablemente malo. Es un gran vicio en una muger el querer entretener malos, y lascivos amores, aunque realmente no quiera jamas abandonarse al enamorado.

CAPITULO VII.

Remedios para las grandes tentaciones.

Luego que sientas en tí algunas tentaciones, haz como los niños quando ven el lobo, ó el oso en la campaña, que al mismo punto corren á guarecerse entre los brazos de su padre, y madre, ó por lo menos los llaman á su ayuda, y socorro. Acude de la misma manera á Dios, é invoca su misericordia, y socorro. Este es el remedio que nuestro Señor enseña: *Orad, porque no entreis en tentacion.*

Si vieres que no obstante esto la tentacion persevera, ó que se aumenta, correrás en espíritu á abrazar la santa cruz, como si delante de tí vieras á Jesu-Christo crucificado. Protestarás así que no consentirás en la tentacion: pedirásle socorro contra ella, y continuarás siempre en la protestacion de no querer consentir mientras la tentacion durare.

Mas haciendo estas protestaciones de no dar lugar al con-

sen-

sentimiento, advierte que no mires la cara á la tentacion, sino solo mirarás á nuestro Señor; porque si miráres la tentacion, principalmente quando es poderosa, podría ser te hiciese desmayar el ánimo.

Divertirás tu espíritu por medio de algunas ocupaciones buenas, y loables; porque estas ocupaciones, entrando en tu corazon, y tomando en él lugar, rechazarán las tentaciones, y sugestiones malignas.

El principal remedio contra todas tentaciones, grandes, ó pequeñas, es el desplegar el corazon, y comunicar con el Maestro, y Padre espiritual nuestras sugestiones, sentimientos, y aficiones; porque la primera condicion, que el espíritu maligno pone con el alma que pretende engañar, es la del silencio, como hacen los que quieren engañar á las mugeres, y á las doncellas, que al primer embite las defienden no digan nada, ni comuniquen sus proposiciones á los padres, ni á los maridos; pero al contrario, Dios en sus inspiraciones pide sobre todas cosas las comuniquemos con nuestros Superiores, y Confesores.

Y si despues de todo esto la tentacion persevera en inquietar-

nos, y perseguirnos, no debemos hacer otra cosa sino perseverar tambien de nuestra parte en la protestacion de no querer consentir; porque como las doncellas no pueden ser casadas mientras dicen de no, así el alma, aunque alborotada, no puede jamas ser ofendida mientras tambien dixere de no.

No disputes con tu enemigo, ni le digas jamas una sola palabra, sino solo la que nuestro Señor le respondió, con la qual quedó confundido: *Vete lexos de mí, Satanas: tú adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás.* Y como la muger casta no debe responder, ni una sola palabra, ni aun mirar la cara del atrevido que la solicita, y propone alguna deshonestidad, sino antes viéndole las espaldas, al mismo punto debe volver su corazon ácia su Esposo, y ratificar la fidelidad que le ha prometido, sin embebecerse en otra cosa; así la devota alma, viéndose asaltada de alguna tentacion, de ninguna manera debe embebecerse en disputar, ni responder; sino simplemente volverse ácia Jesu-Christo su Esposo, protestándole de nuevo su fidelidad, y el ser para siempre toda suya.

CAPITULO VIII.

Que se debe resistir á las pequeñas tentaciones.

Aunque se deben combatir las grandes tentaciones con un ánimo invencible, y que la victoria que de esto conseguimos, nos es en extremo útil; podría ser por ventura que consiguiésemos aún mas provecho en bien combatir, y rechazar las pequeñas tentaciones; porque como las grandes aventajan en calidad á las pequeñas, también las pequeñas aventajan en tanto extremo en número á las grandes, que su victoria puede ser comparada á la de las mayores. Los lobos, y los osos son sin duda mas peligrosos que las moscas; mas con todo eso no nos causan tanta importunidad, ni pesadumbre, ni prueban tanto nuestra paciencia. Cosa es fácil el apartarse del homicidio; pero será dificultoso el evitar las pequeñas cóleras, de las cuales las ocasiones se presentan á cada paso. Fácil es á un casado, y á una casada el no caer en adulterio; mas no sería tan fácil el no caer en ciertas señas cuidadosas, en procurar sembrar afición, ó recibirla, en intentar grangear voluntades, en alcanzar pequeños favores, y en decir, y oír pa-

labras tiernas, y enamoradas. No es dificultoso el no dar compañero de cama al marido, ni compañera á la muger, quanto al cuerpo; mas no será tan fácil el no darle quanto al corazón. Facilidad tiene el no manchar la cama matrimonial; mas no la tendrá el no menoscabar el amor matrimonial. No es dificultoso el no hurtar los bienes ajenos; pero serálo el no desearlos. Fácil es el no levantar en juicio falso testimonio; pero difícil será el no mentir en conversacion: con facilidad escusarémolos la embriaguez; pero con dificultad usaremos de la sobriedad.

Facilidad tiene el no desear la muerte de otro; pero dificultad el no desearle su incomodidad: fácil es el no disfamarse; mas difícil el no menospreciarle. En fin, estas pequeñas tentaciones de cólera, de sospechas, de zelos, de envidia, de amores vanos, de locuras, de vanidades, de duplicidades, de adornos superfluos, de artificios, de pensamientos deshonestos; estos son los continuos ejercicios de los que asimismo son mas devotos, y resueltos. Por esto, pues, amada Filotea, es necesario que con gran cuidado, y diligencia nos preparemos á este combate; y asegúrate que tantas

tas victorias. quantas ganáremos contra estos pequeños enemigos, tantas piedras preciosas serán puestas en la corona de gloria que Dios nos prepara en su santo Reyno. Por esto, pues, digo, que esperando combatir con ánimo, y valentía las grandes tentaciones, quando acaso nos vengán, nos es necesario con diligencia, y cuidado defendernos de las pequeñas, y menores.

CAPITULO IX.

Cómo se han de remediar las pequeñas tentaciones.

Quanto á estas pequeñas tentaciones de vanidad, de sospecha, de congoja, de envidia, de amores vanos, y semejantes cosas, que como moscas, ó mosquitos pasan por delante de nuestros ojos, picándonos ya en el carrillo, y ya en la nariz, por quanto es imposible vernos de todo punto libres de su importunidad; la mejor resistencia que se les puede hacer es el no atormentarnos; porque todo esto no puede ofendernos, aunque en rigor pueda ofender, con tal que tengamos firme resolucion de querer servir á Dios.

Menosprecia, pues, estas pequeñas tentaciones, y no te

embebecas solo en pensar lo que las tales quieren decir; sino dexarlas antes volar al rededor de tus orejas, tanto quanto quieran, y que corran al rededor de tí, como las moscas hacen; con tal que quando vengán á picarte, y las veas que en alguna manera se detienen en tu corazón, no hagas otra cosa sino simplemente quitarlas de tí, no combatiendo con ellas; ni respondiendo, sino haciendo acciones contrarias, qualesquiera que sean, principalmente del amor de Dios: porque si quieres creerme, será mejor que no porfies en querer oponer la virtud contraria á la tentacion que sintieres, porque esto sería casi querer disputar con ella; sino que despues de haber hecho una accion de la virtud derechamente contraria, si es que has tenido tiempo de reconocer la calidad de la tentacion, vuelvas simplemente tu corazón á Jesu-Christo crucificado, y por una accion de amor para con él beses sus sagrados pies. Este es el mejor medio de vencer el enemigo, tanto en las pequeñas, como en las grandes tentaciones; porque el amor de Dios, como contiene en sí todas las perfecciones de todas las virtudes, y mas. excelentemente que las

virtudes mismas, es tambien un soberano remedio contra todos los vicios; y tu espíritu, acostumbrándose en todas tentaciones á esta accion general, no estará obligado á mirar, y examinar quáles tentaciones le inquietan; sino simplemente, hallándose congojado, acudirá á este grande, y soberano remedio, el qual fuera de esto es tan espantoso al espíritu maligno, que quando ve que sus tentaciones nos provocan á este divino amor, cesa de tentarnos.

Esto es quanto á las pequeñas, y frecuentes tentaciones, con las quales quien se quisiere detener por menudo, se cansaría, y no haría nada.

CAPITULO X.

Cómo debemos fortificar nuestro corazon contra las tentaciones.

Considera de tiempo en tiempo qué pasiones dominan mas de ordinario en tu alma; y habiéndolas descubierto, escogerás una manera de vivir, que les sean de todo punto contrarias en pensamientos, en palabras, y en obras. Pongo por exemplo: Si te sintieses inclinada á la pasion de la vanidad, pensarás amenudo en la miseria de esta vida hu-

mana: quanto sus vanidades serán enojosas á la conciencia el día de la muerte: quán indignas son de un corazon generoso, pues sólo son disparates, y embebecimientos de criaturas simples; y semejantes cosas. Hablarás amenudo contra la vanidad, aunque te parezca que esto sea contra tu corazon, y no dexarás de menospreciarla, porque por este medio ganarás reputacion con la parte contraria. Y á fuerza de decir contra alguna cosa, nos movemos á aborrecerla, aunque á los principios mostremos tenerla aficion. Haz obras de desprecio, y humildad las mas veces que pudieres, aunque te parezca ser contra tu gusto; porque por este medio te habituarás á la humildad, y disminuirás tu vanidad de suerte, que quando venga la tentacion, tu inclinacion no la podrá del todo favorecer, y tendrás mas fuerza para combatirla. Si eres inclinada á la avaricia, pensarás amenudo la locura de este pecado, que nos hace esclavos de lo que no es criado sino para servirnos; y que al fin, quando llegue la muerte, será necesario soltarlo todo, y dexarlo en manos de quien podrá ser que lo sepa muy bien desperdiciar, ó sea causa de su

ruir-

CAPITULO XI.

De la inquietud.

ruina, y condenacion, y semejantes pensamientos. Hablarás amenudo contra la avaricia, y alabarás mucho el menosprecio del mundo: harás limosnas, y con ellas obras caritativas; y escusarás algunas ocasiones de adquirir.

Si estuvieres sujeta á enamorar, ó ser enamorada, pensarás amenudo quanto este embebecimiento es peligroso, tanto para tí, como para los otros: quán indigna cosa es el profanar, y emplear en pasatiempos la mas noble aficion que hay en nuestra alma: quán sujeto está esto al menosprecio de una estrema liviandad de espíritu. Hablarás siempre en favor de la pureza, y simplicidad de corazon, y usarás lo mas que te sea posible de acciones conformes á esto, evitando todas afectaciones, y palabras enamoradas.

En fin, en el tiempo de paz, esto es, quando las tentaciones del pecado, á que te hallares sujeta, no te apretaren, usarás entónces de acciones de la virtud contraria; y si las ocasiones no se te presentaren, escusarás buscarlas, porque por este medio fortificarás tu corazon contra la tentacion futura.

* * * * *

LA inquietud no es una simple tentacion, sino un origen, del qual, y por el qual proceden muchas tentaciones. Diré, pues, algo acerca de esto. La tristeza no es otra cosa sino el dolor de espíritu que tenemos del mal que está en nosotros contra nuestro gusto, ya sea el mal exterior, como pobreza, enfermedad, ó menosprecio; ya interior, como ignorancia, sequedad, repugnancia, ó tentacion. Quando el alma conoce, pues, que tiene algun mal, siéntelo, y de aquí le nace la tristeza, deseando al mismo punto librarse del mal, y procurando los medios para defenderse de él. Y hasta aquí tiene razon; porque naturalmente cada uno desea el bien, y huye lo que piensa estarle mal.

Si el alma busca los medios para librarse de su mal por el amor de Dios, buscarálos entónces con paciencia, mansedumbre, humildad, y tranquilidad, esperando su libertad mas de la bondad, y providencia de Dios, que de su pena, industria, ó diligencia. Si busca su libertad por el amor propio, se congojará, y fatigará en buscar los medios,

como si este bien dependiese mas de ella que de Dios. Y no digo yo que ella piense esto; mas digo que se congojará como si lo pensase.

Si no halla luego lo que desea; cae en grande inquietud, y impaciencia; lo qual, no quitando el mal precedente, antes aumentándole por el contrario, entra el alma en una congoja, y tristeza increíble, con un fallecimiento de ánimo, y fuerzas, que le parece ya su mal no tener mas remedio. Bien ves; pues, que la tristeza (la qual al principio es justa) engendra la inquietud; y la inquietud engendra despues un crecimiento de tristeza; que es en extremo peligrosa.

La inquietud es el mayor mal que puede venir al alma, excepto el pecado; porque como las sediciones, y alborotos interiores de una República, la arruinan totalmente; y la estorvan que no pueda resistir al extraño; así nuestro corazón, estando alborotado, y inquieto en sí mismo, pierde las fuerzas de mantener las virtudes que habia adquirido, y asimismo la resistencia á las tentaciones del enemigo; el qual entónçes procura con todas sus fuerzas pescar, como dicen, en agua turbia.

La inquietud procede de un deseo desordenado de libranos del mal que sentimos, ú de conseguir el bien que nos deseamos. Y no obstante esto, no hay cosa que empecore mas el mal, y que alexe mas el bien, que la inquietud; y congoja.

Los pájaros quedan presos en las redes; y lazos, porque hallándose ya empeñados en ellos, trabajan, y forcejean quanto pueden para escaparse; con lo qual tanto mas se enredan, y enlazan. Quando tuvieres, pues, desco de libranos de algun mal, ú de llegar á algun bien, pondrás ante todas cosas tu espíritu en reposo, y tranquilidad, y asentará el juicio, y la voluntad; y despues con blandura, y dulzura procurarás el fin de tu deseo, tomando por orden los medios que serán convenientes. Y quando digo con blandura, no quiero decir con negligencia, sino sin congoja, alboroto, ni inquietud; que de otra suerte, en lugar de conseguir el efecto de tu deseo, lo echarás á perder todo, y te embarazarás mas cada instante.

Mi alma está siempre en mis manos, ó Señor, y yo no he olvidado tu Ley, decia David. Examina mas de una vez al dia, ó á lo ménos á la noche,

y á la mañana, si tienes tu alma en tus manos, ó si alguna pasion, é inquietud te la ha arrebatado. Considera si tienes tu corazón á tu mandado; ó si se te ha escapado de las manos, para empeñarse en alguna afición desreglada de amor, de odio, de envidia, de codicia, de miedo, de enojo, ú de alegría; y si se ha escapado, le buscarás ante todas cosas, y llevarás poco á poco á la presencia de Dios, remitiendo todas tus aficiones, y deseos de baxo de la obediencia; y orden de su divina voluntad; porque como aquellos que temen perder alguna cosa preciosa, la tienen bien cerrada en su mano; así á la imitacion de aquel gran Rey debemos siempre decir: O Dios mio! mi alma está puesta en gran peligro: y así por esto, Señor, la traigo siempre en mis manos, y de esta suerte no he olvidado tu santa Ley.

No permitas á tus deseos, por pequeños que sean, y de pequeña importancia, que te inquieten, porque despues de los pequeños los grandes, y mas importantes hallarán tu corazón mas dispuesto al alboroto, y desasosiego. Quando sintieres acercarse la inquietud, encomiéndate á Dios, y resuélvete en no hacer nada

de todo quanto tu deseo te pidiere; y esto se entiende no habiéndose pasado del todo la inquietud, porque entónçes no se puede diferir. Luego, pues, es menester con un suave, y sosegado esfuerzo detener la corriente de tu deseo, templándola, y moderándole quanto te fuere posible; y despues de esto obrar no segun tu deseo, sino segun la razon.

Si puedes descubrir tu inquietud al que conduce tu alma; esto es, á tu Confesor, ó á lo menos á algun confidente, y devoto amigo, no dudes sino que al mismo punto serás apaciguado; porque la comunicacion de los dolores de corazón hace el mismo efecto en el alma, que la sangria en el cuerpo del que está con calentura continua. Este es en fin el remedio de los remedios. Tambien el Rey San Luis dió este aviso á su hijo: Si tuvieres en tu corazón algun descontento, dile al mismo punto á tu Confesor, ó á alguna buena persona; y así podrás llevarle tú mas fácilmente, mediante el consuelo que se te dará.

CAPITULO XII.

De la tristeza.

LA tristeza, que es segun Dios (dice San Pablo),